

BLOC DE NOTAS

El hombre que quiso conquistar el sol

Miguel Bonnefoy cuenta en «El inventor» el viaje romántico de Mouchot en busca de la energía solar

Luis M. Alonso

Miguel Bonnefoy (París, 1986) agarra al lector desde el inicio de «El inventor» y no lo suelta. Todo escritor que quiere rendir homenaje a la gran novela del XIX debe dominar el arte de empezar bien un texto. Esta novela sobre Mouchot, el genio postergado que alumbró la energía solar, es un ejemplo de ello. «Si Augustin Mouchot es uno de los grandes olvidados de la ciencia no es porque fuese menos perseverante en sus investigaciones o menos brillante en sus hallazgos, sino porque el delirio creador de este erudito testarudo, frío y severo se obstinó en conquistar el único reino que ningún hombre ha sido capaz de ocupar jamás: el sol», cuenta Bonnefoy. Nadie hasta entonces había mostrado interés por el astro rey encarnado exclusivamente por Luis XIV: en los albores del siglo XIX Francia vivía en la oscuridad. El inventor era en este caso, como el autor cuenta, un hombre en las sombras vuelto hacia el sol en medio de una era luminosa ennegrecida por la turba. Su invento, un reflector parabólico flanqueado por una caldera cilíndrica de vidrio que alimentaba una máquina de vapor, jamás fue rival para el dios carbón que impulsaba la industria global.

Hijo de un cerrajero y profesor de matemáticas, Mouchot manejaba una idea fija: encontrar una fuente de energía alternativa al carbón, cuyos recursos podrían agotarse. Sus primeras máquinas se tradujeron en frustraciones, pero por un momento el inventor se convirtió en uno de los primeros en confirmar que el éxito consiste ir de fracaso en fracaso sin perder el entusiasmo. No hay constancia de que la frase, más tarde famosa, se hubiera pronunciado entonces. En la Exposición Universal de París de 1878

consigue fabricar un bloque de hielo utilizando únicamente la fuerza solar. Le conceden una medalla de oro y recibe la Legión de Honor, a partir de ahí el triunfo de una idea convive con un mundo que blande el escepticismo como arma. Su gloria fue pasajera y murió en la pobreza.

Al tratarse de una novela de culto al mejor pasado literario, la historia de la decadencia física y la construcción de la personalidad perdedora del protagonista adquieren rasgos marcados, testigos de la energía que un hombre solitario, golpeado por la vida, puede movilizar para lograr sus objetivos. Fácil de leer y muy informativa, «El inventor» nos sumerge en el corazón de una época y en el de un científico modesto que creía ardentemente poder ofrecer al mundo un medio inagotable de producción de energía. Precisamente, uno de los méritos de Bonnefoy es hacer revivir el viaje de este visionario cuya vida fue a la vez una lucha contra las enfermedades, la búsqueda de una idea loca para su tiempo y un duelo desigual entre la experimentación de fuentes energéticas renovables y el desarrollo de un modelo de sociedad, económico, industrial y social basado en las energías fósiles. David, de nuevo, en su lucha contra Goliat.

En no demasiadas páginas mudan con frecuencia las atmósferas, imprimiendo agilidad a la narrativa. Los dos viajes a Argelia cobran una dimensión poética y mística, y a Mouchot se le encienden los ojos en lo más alto del macizo de Aurès. Bonnefoy alterna la digresión con el retrato colorista de los personajes de su historia: Napoleón III, con el que se reúne para darle a conocer su proyecto; el fornido Benoît Bramont, que ayuda al matemático visionario a construir la máquina; su socio el engalanado dandy y sabio empresario Abel Pifre... Desfavorecido por la naturaleza, desprovisto de carisma y elocuencia, cultivando la soledad, Mouchot alcanza la magnitud del héroe gracias a su firme deseo de desafiar al Sol para domesticarlo y beneficiar con ello a la humanidad. En una época en la que el planeta, para sobrevivir, recurre a las energías renovables, queda pendiente de formular la pregunta de si Augustin Mouchot fue un inventor o por encima de todo un profeta.

Cuando la invención romántica se pone al servicio de la ciencia, resplandece la mente, y el corazón late con fuerza. Todo resulta épico y emotivo en esta pequeña gran novela de un escritor, francés de origen sudamericano, lleno de talento como es Miguel Bonnefoy.



El inventor
Miguel Bonnefoy

Traducción de Regina López Muñoz
Libros del Asteroide, 168 págs.
17,95 euros



Un fantasma en Sri Lanka

«Las siete lunas de Maali Almeida», con la que Shehan Karunatilaka ganó el Booker, merece tener miles de lectores

Sergi Sánchez

¿Sabe usted, lector, que Sri Lanka es un país en bancarrota, hambriento de combustible, medicinas y alimentos? ¿Que en 1995 era el país con la mayor tasa de suicidios por habitante? ¿Que atravesó una cruenta guerra civil durante 30 años? Solo por poner en el mapa esa isla paradisíaca donde los cadáveres flotan como tablas de surf en un lago podrido, la magnífica novela de Shehan Karunatilaka (Galle, 1975), Premio Booker 2022, merecería encontrar miles de lectores. Hay más alicientes: su protagonista es un fantasma que tiene siete lunas (una semana) para averiguar quién lo mandó al otro barrio (aquí el Mundo Intermedio, una especie de Ministerio de las Almas Perdidas), y lo que sigue es una novela picaresca y un thriller de espionaje, una experiencia queer y una revisión divertida y cruel del libro de estilo del realismo mágico, y, por encima de todo, la historia de un pueblo atravesado por la violencia y la corrupción que lucha por construir su identidad.

«Las siete lunas de Maali Almeida» está escrita en segunda persona del singular. Una decisión osada que determina la relación que el lector mantiene con su antihéroe, un ludópata fotoperiodista, homosexual en el armario, que guarda en una caja un conjunto de fotos comprometedoras codiciadas por guerrilleros tamiles y miembros del Gobierno. El narrador, pues, podría ser un fantasma protector, alguien que ha conocido a Maali desde antes de que naciera, unos ojos que existen en una etapa previa al lenguaje, algo así como un lector privilegiado. Ese tú persistente, ese espíritu que todos llevamos pegado como una conciencia vigilante, que se desplaza con habilidad hacia la omnisciencia cuando le conviene, es una muestra del dominio técnico de la prosa de Karunatilaka, que sorprende con la construcción de una voz mordaz y descreída, que transita de la estupefacción a la lucidez mientras atraviesa las frágiles paredes que separan la realidad de su copia mística para desentrañar, de modo extraordinariamente didáctico, la complejidad histórica, política y religiosa de un país que tradujo la esclavitud de su herencia colonial en un trauma colectivo que acabó con la vida de 60.000 personas.

Pero «Las siete lunas de Maali Almeida» también es una emotiva novela sobre lo que significa amar desde la diferencia en un territorio donde campa la extrema intolerancia. Es en los personajes de DD, el novio ocasional de Maali, y Jaki, la prima lesbiana de este, que finge ser novia de Maali para que pueda disfrutar de su fogosa relación con DD en la clandestinidad, donde logra vincular con mayor fuerza lo personal con lo político. En una novela planteada como un misterio por resolver, que nunca evita la descripción de las atrocidades de la guerra pero que destaca por su humor irreverente, resulta admirable la capacidad de Karunatilaka para recordarnos que la lucha queer —en 1989, año en que se sitúa la acción, estaba inmersa en la pandemia estigmatizante del sida— sigue siendo una herida abierta en muchos países en los que la libertad es un sueño que solo pueden permitirse los fantasmas que, felizmente, accederán al nirvana de la reencarnación.



Las siete lunas de Maali Almeida
Shehan Karunatilaka
Traducción de Ankara Cabeza Lázaro

Urano, 477 páginas
21,50 euros